

De: arzobispado-bounces@ucasal.net en nombre de [Prensa Arzobispado de Salta](#)
A: arzobispado@ucasal.net
Asunto: [Arzobispado] Homilía de Mons. Alfredo Zecca en la FIESTA DE LA EXALTACIÓN DE LA CRUZ
Fecha: Lunes, 17 de Septiembre de 2012 12:24:07 p.m.
Archivos adjuntos: [ATT00196.txt](#)



Viernes 14 de septiembre
FIESTA DE LA EXALTACIÓN DE LA CRUZ
Homilía

Queridos hermanos:

Estamos celebrando esta Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz.

La Cruz, como sabemos, ocupa un lugar central en el Evangelio porque es el signo por excelencia que Dios nos da de su amor infinito.

Jesús que es el Hijo de Dios encarnado, es la representación más acabada de la misericordia divina porque se hace hombre para compartir nuestro destino y hacernos, a su vez, partícipes de su propio destino. Por medio del sacrificio de la Cruz nos obtuvo a todos la salvación y el cielo que esperamos, por eso la Iglesia nos pone además del Viernes Santo, donde la Cruz representa el centro y la pasión del Señor, esta Fiesta en septiembre, para que recordemos la importancia de la Cruz y exaltemos este maravilloso misterio.

El apóstol San Pablo, en su Carta a los Corintios nos dice que no quiere saber nada que no sea “Cristo Crucificado”, motivo de escándalo para los judíos y de risa para los paganos, pero fuerza y sabiduría de Dios para los que creemos. Y allí nos expone como la sabiduría de Dios, que se manifiesta sobre todo en la Cruz, cuando el Señor en el momento de su máxima humillación es precisamente cuando nos salva, cuando es más poderoso. Esa sabiduría es una sabiduría que vuelve loca a la sabiduría de éste mundo, porque los hombres con frecuencia buscan el poder, el dinero, el sobresalir. La lógica de Dios es una lógica muy distinta, que nos indica que hay que humillarse para ser exaltado, hay que morir para vivir, hay que entregarse para recuperarse y los textos que la Iglesia nos propone para nuestra meditación son sumamente ricos.

La primera de las lecturas, del Libro de los Números, nos muestra un signo anticipatorio de la Cruz, esa murmuración del pueblo que enciende la ira divina y que es comido por las serpientes recibe de parte de Dios un signo de misericordia,

ordena que se haga una serpiente de bronce para que todos los que vean a la serpiente sean curados.

Jesús, en el pasaje del Evangelio de San Juan que acabamos de proclamar, recuerda que de la misma manera que Moisés levantó en alto la serpiente en el desierto, también es necesario que el Hijo de Dios sea levantado en alto para que todos los que creen en Él tengan vida eterna. Estas palabras son centrales. Jesús es levantado, van a tener vida eterna no los que solo lo miren sino los que crean en Él y... ¿Qué quiere decir creer en Dios? Es como la raíz más honda de la fe, es el elemento afectivo más profundo, porque si nosotros creemos no es ciertamente porque comprendamos los misterios divinos. Los misterios divinos no son irracionales, si lo fueran podríamos creer. Creemos con nuestra razón. La fe no es un mero sentimiento; pero, sin embargo, creemos en aquello que no vemos, creemos en aquello que no concluimos con un razonamiento lógico y ¿Cómo podemos enseñar algo que no vemos? ¿Cómo podemos creer que Dios es Trino como nos revelo Jesús? ¿Cómo podemos creer en Dios como Padre amoroso que nos quiere? ¿Qué el Espíritu Santo nos fue donado para que haga de abogado, de intercesor, de maestro en el interior de nuestro corazón y nos salve? ¿Cómo podemos creer que Jesús es Hijo de Dios? ¿Cómo podemos creer en el cielo que esperamos? No ciertamente porque lleguemos a una conclusión lógica, sino porque nuestra razón se ve movida por la voluntad, que tendiendo al bien, descubre en Dios al máximo bien, es atraída por Él y confía en Dios.

El Concilio Vaticano I, hablando precisamente de la fe, dice que si creemos en Dios es porque confiamos en Dios, que no puede ni engañarse ni engañarnos. El único que puede decir que “esto es así porque yo lo digo” es Dios y nadie fuera de Él puede decir “esto es verdad porque yo lo digo”. Y si nosotros descubrimos en Dios a este ser infinitamente bueno que nos atrae, descubrimos en Él la vasta felicidad. Dios, como máximo bien, despierta nuestra confianza y así nuestra voluntad que tiende al bien, mueve nuestra inteligencia para que pueda creer. Por eso el gran San Agustín nos decía que “creer en Dios no es simplemente la afirmación de la existencia de Dios”, recordemos a la Santa Escritura, los demonios son los primeros que reconocen la divinidad de Jesús: “Ya sabemos quién eres, el hijo de Dios”. Lo reconocen y tiemblan, pero no lo aman, no creen.

Creer en Dios es más que reconocer que Dios es un ser divino. Creer en Dios es entregarle el corazón. “Creer en Dios es ir hacia Él creyendo”, es una fórmula que utiliza un gran teólogo del Medioevo que es Santo Tomás de Aquino. “Creer en Dios es ir hacia Dios creyendo, lo que se hace a través de la caridad”. Dios nos abre el corazón, en el confiamos, Él es nuestro protector y este gran misterio de la Cruz es el misterio que hoy revelamos. Y si realmente abrimos el corazón a Dios, y si creemos en Él con todas nuestras fuerzas, con toda nuestra alma, con todo nuestro espíritu entonces seremos salvos por Él.

Y, por último, este pasaje de San Pablo a los Filipenses nos muestra como Jesús se humilló renunciando no a su divinidad, sino a las prerrogativas de su divinidad, no consideró –dice San Pablo – su igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente, se anonadó a sí mismo, es decir, se hizo nada. Jesús que era todo se hizo nada, esa es la lógica de Dios, hay que perder la vida para encontrarla, hay que entregarse para recuperarse, hay que hacerse nada para ser todo... cómo no se va a volver loca la sabiduría de este mundo con esta lógica. Es exactamente lo contrario de la sabiduría de este mundo, lo que estamos recibiendo continuamente desde nuestra cultura y de tantas influencias es justamente lo contrario de Jesús: “hay que acapararlo todo”, “hay que tener poder”, “hay que disfrutar de la vida”.... el Señor nos dice que este no es el camino y precisamente porque se humilló hasta aceptar la muerte de Cruz.

Jesús aceptó la muerte y una muerte en la Cruz, una muerte ignominiosa y por eso, dice San Pablo que “Dios lo exaltó y le dio el nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús, se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos, y toda lengua proclame para gloria de Dios Padre: "Jesucristo es el Señor" (Flp. 2, 6-11).

Jesús dijo de si mismo que era el camino, la verdad y la vida. “Yo soy el camino” nos dijo, porque no le bastó con decirnos que era la Verdad que conducía a la Vida, Él quiso conducirnos por su propio camino: su propia humanidad, su propia vida. Este es el misterio de la humillación. ¿Queremos llegar al cielo? En definitiva es la única verdadera felicidad que buscamos afanosamente, no nos engañemos, no podemos no querer ser felices, no tenemos esa libertad. El horizonte es la felicidad. Podemos confundir los medios con los fines y, entonces, quedarnos con las cosas buenas que nos ofrece el mundo.

Ustedes me escucharon hablar hace un rato sobre el poder ¿Es malo el poder? No, es malo usar mal el poder. ¿Es malo el dinero? No, es malo usar mal el dinero. ¿Es malo el placer? Es malo pensar que el placer lo es todo. Podemos equivocarnos, pero todos queremos ser felices y buscamos la felicidad.

El camino de la felicidad es humillarnos como Jesús, hay que seguir el camino del Señor. Sólo en la Cruz se gana todo, no hay otro camino. Santa Teresa de Jesús, una de las grandes místicas de la Iglesia y doctora ¿Qué les recomienda a sus monjas, aun aquellas que están en estado de máxima contemplación? Les recomienda que no vayan por otro camino que no sea la humanidad sacrosanta de Jesucristo, ese es el camino seguro y agrega “tenerlo como amigo y capitán”.

Jesús es nuestro amigo, está siempre a nuestro lado y en su humanidad vamos a encontrar la fuente para nuestra salvación. Imitando a Jesús vamos a alcanzar la

salvación.

Queridos hermanos, recibamos este mensaje que la Iglesia nos pone en la Sagrada Escritura para que meditemos. Pidámosle al Señor que reavive nuestra fe, nuestra esperanza, nuestro amor y nos haga confiar en Él. Pidámosle que nos haga tenerlo a Él como lo más valioso de nuestra vida, porque al final de nuestra vida uno puede alcanzar muchas cosas pero, si no supo vivir, la vida no vale nada. ¿Quién sabe vivir? Es aquel que al llegar al final de la vida puede presentar toda su vida como ofrenda a Dios. Vivir más o vivir menos, en definitiva, no es lo importante, sino es importante vivir bien, saber vivir.

Se aprende a vivir en la sabiduría que da la fe, se aprende en el silencio de la oración, se aprende en el misterio de la Cruz, se aprende en la imitación de de Cristo.

Pidámosle al Señor que nos conceda la gracia de imitarlo para que así como hemos rezado en la oración colecta de esta Fiesta, podamos nosotros -que reconocemos a Jesús Crucificado como nuestra fuente de salvación- gozar del premio que nos da el Señor en el cielo. Que así sea.

Mons. Alfredo Zecca
Arzobispo de Tucumán

SI DESEA COMPARTIR CON NOSOTROS NOTICIAS DE SU COMUNIDAD PARROQUIAL REMITA LOS DATOS Y FOTOS A LA OFICINA DE PRENSA DEL ARZOBISPADO DE SALTA "DON ROBERTO VICENTE CASAS" - España 596 - Horario de atención: Lunes a viernes, de 9 a 12 hs. - E-mail: prensaarzobispado@ucasal.net - Web: <http://www.arquidiocesissalta.org.ar>